



La captura de Atahualpa. Juan B. Lepiani (1920-1927). Museo de Arte de Lima, Perú.

LA BATALLA DE CAJAMARCA

La batalla de Cajamarca supone el hito bélico fundamental de la conquista del Perú por los españoles. Tras ella, las huestes de Francisco Pizarro, apoyadas por naciones étnicas indígenas que vieron en la llegada de los cristianos la posibilidad de sacudirse el yugo inca, impusieron el control sobre un territorio complejo tanto por sus condiciones naturales como por el mosaico de poblaciones indígenas que sobre él se asentaban. Además, la captura

de Atahualpa estableció las primeras condiciones necesarias para que, después de una década convulsa, en la que se evidenciaron las tensiones soterradas ya en aquella jornada y las que vendrían relacionadas con la extinción de la encomienda que se ofreció como premio, en el Perú se implantaran las estructuras virreinales características del Imperio español. El presente trabajo trata de reconstruir los hechos ocurridos en aquel enclave.

LOS PROLEGÓMENOS DE LA BATALLA

El 24 de septiembre de 1532, Francisco Pizarro tomó el camino de Cajamarca acompañado por los hombres capacitados para el combate. En la villa de San Miguel, a cargo de Juan Roldán Dávila, quedaron los oficiales reales, los enfermos y una guarnición que debía

proteger el pueblo. A este respecto, Pizarro actuó de manera idéntica a Hernán Cortés, el San Miguel pizarrista se asemejaba al Veracruz cortesiano. Mientras los hombres cruzaron el río en dos balsas, los caballos lo hicieron a nado. Ya dentro del valle del Piura, el gobernador se juntó con su hermano Juan Pizarro, que había sido enviado para pacificar ese curacazgo. Diez días después, el recuento -seguimos a Francisco de Jerez- arrojó la cifra de sesenta y siete jinetes

y ciento diez infantes, tres de ellos arcabuceros, y algunos ballesteros. El armamento se completó con cuatro falconetes. Antes de su partida, desde San Miguel llegó la queja de los pocos cristianos que allí quedaban, por lo que el gobernador autorizó el regreso a quien así lo quisiera. Nueve hombres se volvieron, dejando la hueste reducida a sesenta y dos de a caballo y a ciento seis infantes.

Mientras los barbudos avanzaban hasta alcanzar el señorío gobernado por el curaca de Pavor, Atahualpa, fortalecido por sus recientes victorias, prefirió mantenerse a la espera de los movimientos de aquellos pálidos visitantes. Tan confiado de su poder se hallaba el Inca, que envió a un mensajero para hacer entrega al español de unos zapatos y dos puños de oro que debía vestir para ser identificado cuando se encontraran. De este modo sería más fácilmente reconocible y podría ser prendido o asesinado. Pizarro tomó aquellos presentes y pidió al enviado que le dijera a su señor que él no pretendía hacerle ningún mal. Más adelante, otro emisario le advirtió de que no se aposentara en Cajamarca sin permiso de Atahualpa.

El siguiente lugar del que se tuvo noticia fue el pueblo llamado Cajas, en el que estaban concentrados indios de guerra encargados de recaudar tributos para el real de Atahualpa. Aunque Hernando Pizarro quiso adelantarse, Francisco Pizarro ordenó que lo hiciera Hernando de Soto con medio centenar de jinetes. El de Trujillo le esperaría en el pueblo de Zarán, donde deberían reunirse en un plazo de diez días. Antes de su llegada a Cajas, Soto supo que la tropa indígena ya se había marchado de la sierra donde estaba apostada. La guerra había causado grandes estragos en aquella ciudad, en cuyos



Retrato del Inca Atahualpa XIV, último emperador del Tahuantinsuyu o Imperio Inca. Anónimo (s. XIX). Museo Nacional de Arqueología, Antropología e Historia de Perú, Lima.

alrededores encontraron indios ahorcados. En Cajas los españoles consiguieron maíz, calzado y lana en las casas en las que se hallaban quinientas *acallas* que tejían ropa y elaboraban vino de maíz, habitual bebida de los guerreros incas. Algunas de estas mujeres fueron tomadas por Soto y sus hombres. El señor de Cajas, del que Soto dijo haber recibido aquellas *acallas* en sustitución del oro del que carecía por habérselo llevado Atahualpa, informó al capitán español de que la guerra que enfrentó a Atahualpa con Huáscar había reducido su población de diez o doce mil indios a poco más de tres mil. Don Hernando, que también visitó la fortalecida Huancabamba, por la que pasaba la calzada real que en todo momento fue eludida por temor a una emboscada, replicó ofreciendo su protección a cambio

de la obediencia a otro emperador: Carlos.

Constantemente informado por sus espías, Atahualpa envió a un hombre que acompañó a Soto hasta Zarán. El enviado llevaba un presente en forma de fuente y unos patos desollados, que fueron interpretados por los soldados como el fin que les esperaba. En respuesta a aquellas cortesías, bajo las cuales Atahualpa trataba de informarse acerca de aquellos extraños, el gobernador dio al embajador una camisa y otras cosas de Castilla para que se las entregara a su señor en señal de amistad. Dos días después de ese intercambio de obsequios, el ejército español reemprendió la marcha en dirección a Cajamarca por caminos a cuyo pie encontraron pueblos destruidos. Al pie de la sierra, los *Hernandos* se

adelantaron y, con su gente, pasaron nadando un río cuyo caudal había aumentado después de que los indios vertieran en él el agua de las acequias, para llegar al pueblo de Saña. El resto de la tropa y los caballos cruzaron gracias a unos pontones hechos con árboles talados. Una vez en Saña, para saber de Atahualpa se ató a dos indios a dos palos. Sometidos a tortura estos confesaron que el curaca de ese pueblo se hallaba con el Inca en Huamachuco, cerca de Cajamarca, esperando a los cristianos. Reemprendida la marcha, un señor del valle de Tangará fue enviado por delante para ofrecer a Atahualpa la amistad hispana. Llevaba consigo una copa de cristal de Venecia que el Inca despreció al saber que era un objeto no privativo de los reyes¹.

Al pie de la sierra, pues Pizarro, a pesar de algunas quejas, evitó el camino más cómodo, dejó en la retaguardia, al cuidado del fardaje, al capitán Juan García de Salcedo, hombre experimentado en la guerra. Tras encomendarse a Dios, el trujillano comenzó a ascender la cordillera al frente de su hueste. En su crónica, Pedro Pizarro describió los peligros a los que los españoles se exponían al cruzar aquella sierra. Según relató, Atahualpa, que esperaba confiado, desperdició la ocasión de aniquilar a aquellos visitantes. Demos la palabra al soldado toledano:

Atahualpa se aseguró y no los tuvo en nada, porque si los tubiera en algo, enbiara gente a la subida de la sierra, que es una queta de más de tres leguas, muy agra, donde ay muchos pasos malos y no savidos por los españoles: con la tercia parte de la gente que tenía que en estos pasos pusiera, matara todos los españoles que subían, o a lo menos la mayor parte, y los que escaparan volvieran

1 Francisco de Jerez, *Verdadera relación de la conquista del Perú*. Edición y estudio introductorio de María Concepción Bravo Guerreira, Ed. Historia 16, Madrid 1985, pág. 93.

*huyendo y en el camino fueran muertos. Hordenólo Nuestro Señor así porque fué servido que en esta tierra entrasen cristianos.*²

Con esta disposición, mientras la gente de Salcedo se quedó en una fortaleza anterior, los cuarenta jinetes y los sesenta infantes transitaron por caminos de llamas hasta llegar a un pueblo en el que se alzaba una sólida construcción de cal y canto. Muy temprano, el ejército dejó atrás el enclave y prosiguió la ascensión. Ya en la cumbre, Pizarro esperó la llegada de la retaguardia. En aquellas alturas, los caballos se resfriaron. Un día después, los emisarios de Atahualpa, a los que se había adelantado el enviado por Pizarro, llegaron con diez llamas, a lo que el trujillano correspondió con nuevos regalos. Gracias a aquella visita, Pizarro conoció detalles de la guerra entre los hermanastros. Con afán intimidatorio, su informador narró el sangriento castigo que Atahualpa hizo sobre Tomebamba y la reciente y definitiva victoria sobre Huáscar, que venía preso desde Cuzco custodiado por los generales de Atahualpa. Tras escuchar esas palabras, Pizarro -seguimos en todo momento la narración de Jerez- hizo saber a aquel hombre que el Emperador Carlos era señor de todo el mundo y tenía «*criados mayores que Atahualpa*», y que le había enviado a esas tierras «*a traer a los moradores dellas en conocimiento de Dios y en su obediencia*». Pizarro reiteró su propósito de establecer amistad con el Inca, al que ayudaría en su conquista y dejaría en su estado, «*porque yo voy por estas tierras de largo hasta descubrir la otra mar*»³. El ardid del trujillano conectaba con el empeño en hallar un paso desde el Mar del Sur al Atlántico

ya buscado por Gil González Dávila y Andrés Niño. A la inexistencia de ese paso se unía la falta de una travesía marítima que conectara por mar el Perú y el Estrecho de Magallanes, desde el que había llegado el patache *Santiago* de los de Loaysa a Nueva España en 1526. Años más tarde se descubrieron dos rutas fluviales que llevaban al Atlántico: el río Amazonas y el de la Plata.

Hechos aquellos contactos con los enviados por Atahualpa, la marcha de la columna española por la sierra continuó. Un día más tarde, regresó el emisario que les había visitado en Zarán. El hombre repitió lo narrado por sus predecesores y entregó a los cristianos llamas cocidas, pan de maíz y algunos vasos de oro para beber la chicha que ofreció a los españoles. Por su parte, Pizarro había mandado a un indio al campamento para comunicarse con el emperador inca, al que no pudo acceder. Ya de regreso, el mensajero alertó a los barbudos para que no comieran aquella carne, acaso envenenada, al tiempo que desmintió el relato del embajador de Atahualpa. El Inca estaba dispuesto a sacrificar a los dioses a tan inoportunos visitantes. De este modo, el pulso diplomático entre los hombres más poderosos de aquellas tierras se mantenía.

LA BATALLA DE CAJAMARCA: ATAHUALPA FRENTE A FRANCISCO PIZARRO

El viernes 15 de noviembre de 1532, el ejército español al completo, estructurado en tres grupos compuestos por peones

y jinetes, llegó a Cajamarca, que estaba situada en las faldas de una sierra. En su interior apenas hallaron mujeres que elaboraban chicha para el campamento del emperador y medio centenar de indios. A la espera de alguna señal de Atahualpa, del que Ruiz de Arce dejó escrito que estaba ayunando, Pizarro decidió permanecer en la plaza de la ciudad. Según dejó escrito el cronista Cristóbal de Mena -«*cada uno de los cristianos decía que haría más que Roldán, porque no esperábamos otro socorro sino el de Dios*»- los cantares de gesta acudieron a la memoria de los soldados.

Con la hueste instalada en la fortificada Cajamarca, el gobernador envió a Hernando de Soto al real de Atahualpa, alojado en unos baños termales en los que estaba ayunando, práctica que solía preceder a los combates. A Soto, además del intérprete Martinillo, le acompañaban quince jinetes entre los que se contaba Juan Ruiz de Arce, en cuya relación de servicios dio datos del trato que recibía Moctezuma. Según el de Albuquerque, cuando el Inca escupía, lo hacía en la mano de una mujer. Otras mujeres se encargaban de comer los cabellos que se le caían para evitar que fueran empleados en hechizos. Después de la partida de Soto, Pizarro, antes de mandar a sus hombres guarecerse de la granizada que comenzó a caer, mandó a su hermano Hernando Pizarro con una fuerza similar. Avanzando entre los escuadrones de guerreros incas, la tropilla capitaneada por Soto recorrió la legua que separaba los dos campamentos hasta llegar a Atahualpa, al que encontró rodeado de mujeres. Así describió Ruiz de Arce el lugar en el que se hallaba el Inca:

Dos tiros de ballesta estaba una casa de plazer donde

estaba de dia Atabalica. Al paso del rrio dexamos veinte de a caballo y fuimos cinco adonde estava Atabalica, la casa de plazer hera de esta manera. De quatro quartos tenia dos cubos altos y en medio tenia un patio. En el patio estava hecho un estanque en el qual estanque entravan dos caños de agua, uno caliente y otro frío. Estos dos caños salian de dos fuentes y estas dos fuentes estavan juntas. En aquel estanque se lavavan el y sus mugeres.

En ese escenario, Hernando de Soto, sin apearse del caballo, contempló su rostro tan de cerca, que la borla del cacique tocó las narices del equino. En medio de un absoluto silencio, el español se quitó un anillo y se lo dio a Atahualpa, que lo aceptó con displicencia antes de que llegara Hernando Pizarro, que había dejado a tres de a caballo en un mal paso. En las ancas de su caballo iba el indio que servía de lengua que, sin temor a Atahualpa, le pidió que alzase la cabeza y le rogó que, al amanecer, fuera a ver a Pizarro. El emperador no levantó la cabeza ni respondió hasta la llegada de Hernando Pizarro, ante cuya calidad, de la que le informó el intérprete Martinillo, se dignó a contestar que iría a la mañana siguiente. Los españoles también dijeron que venían cansados y sedientos del camino, por lo que Atahualpa ordenó a dos indias de sangre real o *ñustas*, que trajeran dos copas de oro para brindar con sus visitantes. Si en la narración del Inca Garcilaso de la Vega, tanto Atahualpa como los cristianos bebieron según la usanza local, Cristóbal de Mena afirmó que los barbudos hicieron como que bebían, pero no lo hicieron por temor a ser envenenados. Tras este breve encuentro, Hernando de Soto

2 Pedro Pizarro, *Relación del descubrimiento y conquista del Perú*, Universidad Pontificia Católica del Perú, Lima 1986, pág. 31.

3 Francisco de Jerez, *Op. cit.*, pág. 99.

escaramuceó con su caballo por entre un escuadrón de lanceros incas, antes de marchar de regreso a su campamento. Cuando se disipó la nube de polvo levantada por los caballos, el Inca mandó cortar las cabezas de aquellos que se habían asustado ante sus movimientos.

De regreso al campamento, los capitanes, que informaron de la existencia de una ciénaga en medio de la calzada que conducía al campamento de Atahualpa, preparada para obstaculizar el paso de los equinos, dijeron a Pizarro que calculaban que el Inca disponía de cuarenta mil guerreros, aunque, en realidad, creían que la cifra podía llegar a los ochenta mil. En las diferentes versiones de su crónica, Zárate dijo primero que por cada español habría doscientos indios y, en la siguiente, rebajó la cifra a cien. Viendo que atardecía, Pizarro ordenó al soldado Hernando de Aldana, conocedor del quechua, visitar al Inca y apremiarle a entrar en Cajamarca. A su regreso, el español informó al gobernador de que el emperador inca iría al día siguiente. Aquella noche, todos los hombres anduvieron rondando con sus armas y recibiendo el ánimo de Pizarro. Al día siguiente, el campamento recibió la visita de los emisarios de Atahualpa, que unas veces decían que vendría allí con sus armas y otras que lo haría sin ellas. Aquellos mensajeros también añadieron que Atahualpa pretendía aposentarse en la casa de la Sierpe, animal con el que el emperador se identificaba hasta el punto de que, antes de morir, aseguró que reaparecería en Quito bajo la apariencia de ese reptil. Pizarro aceptó esa condición y reiteró sus deseos de recibir a tan gran señor.

A medio día del 16 de noviembre de 1532, después de avanzar lentamente durante

las cuatro horas en que se tardó en cubrir la distancia que le separaba de los españoles, precedido por un gran séquito de sirvientes vestidos con libreas de decoración ajedrezada que cuidaban de limpiar del camino hasta de la menor brizna de hierba, Atahualpa, subido a una

tres capitanías que ocuparon tres edificaciones. En una de ellas estaba el capitán Hernando Pizarro con veinte de a caballo; en otra Soto, con un número similar de jinetes. En la tercera Belalcázar con una fuerza parecida⁴. Al ver a los españoles dentro de esas estan-



Francisco Pizarro, conquistador (1475-1541). Amable-Paul Coutan (1834-1835). Museo de Historia de Francia, Palacio de Versalles.

litera soportada por ochenta nobles, entró en Cajamarca acompañado por músicos. Tras sus lujosas andas se balanceaban otras en las que viajaban, entre otros, el señor de Chíncha, que halló la muerte a manos de Juan Pizarro y de Francisco Martín de Alcántara. Confiado en una fácil victoria, Atahualpa mandó a su general Rumiñahui que se apostara con 5.000 guerreros de diversas procedencias -chachapoyas, cañaris, quitos, pastos...- a la espalda de aquel lugar para cortar la retirada de los españoles.

En Cajamarca, el de Trujillo había repartido su gente en

siempre según Pedro Pizarro, los espías de Atahualpa lo interpretaron como un signo de temor. En su crónica, el soldado añadió: «y a la verdad los yndios la dezían, porque yo oy a muchos españoles que, sin sentillo, se orinavan de puro temor». La infantería se ocupó de mantener vigiladas todas las puertas de la plaza, en medio de la cual, subido al templo del sol que allí se alzaba, aguardaba el artillero Pedro de Candía, llamado *el Griego*, con los trompeteros, varios escopeteros y piezas de artillería. Dispuesta de este modo su hueste, Francisco Pizarro

permaneció en sus aposentos junto a dos docenas de soldados. La orden dada era prender con vida a Atahualpa a la señal de un disparo, después del cual, al grito de «Santiago», todos saldrían de sus escondites. Durante la espera, el Gobernador y el Capitán General, es decir, Hernando Pizarro, infundieron ánimo, «diciéndoles a todos que hiciesen de sus corazones fortalezas», a sus hombres. Además de apelar a la ayuda divina, segura ante aquellos ídólatras, los Pizarro pidieron a los caballeros que acometiesen con furia, pero sin estorbarse unos a otros.

Finalmente, subido en su rica litera, Atahualpa, al que seguía el señor de Chíncha en otras andas, entró en la plaza, que pronto se llenó de gente. Según contó Francisco de Jerez, testigo de aquel hecho, un capitán inca se encaramó al lugar donde estaba Candía. Pizarro preguntó al dominico fray Vicente de Valverde si quería hablar con el Inca. El religioso, acompañado por el intérprete Felipillo, se dirigió al emperador con un crucifijo en una mano y la Biblia en la otra para decirle era sacerdote de Dios y que los cristianos eran amigos. Atahualpa -seguimos la crónica de Cristóbal de Mena, también presente en Cajamarca- respondió que no pasaría adelante hasta que los blancos le devolviesen todo lo tomado en su tierra. Entonces, el fraile le ofreció el libro que tenía entre sus manos y le habló de su dios trinitario, de Adán y de su mujer, Eva, de los que todos los hombres eran descendientes y de Cristo redentor. El fraile añadió que el Papa había repartido el mundo y que aquellas tierras habían sido entregadas al emperador bajo cuyas órdenes estaba Francisco Pizarro. Después, le ofreció tomar las aguas del bautismo y le advirtió de que, si no hacía todo eso,

4 Pedro Pizarro, al describir la disposición del ejército en Cajamarca, afirmó que la caballería se dividió entre Hernando de Soto y Hernando Pizarro. Lo mismo dijo de la infantería, que dijo haberse repartido entre Francisco Pizarro y su hermano Juan.

siendo guardadas sus libertades, recibiría guerra por parte de los españoles. Atahualpa, después de escuchar ese discurso, coincidente con los términos del *Requerimiento*, rehusó entregar su poder y se reafirmó en su culto solar. Entonces, el clérigo le entregó el libro al emperador, y el Inca, tras examinar sus hojas, lo arrojó lejos de sí. El joven que hacía de intérprete -Pedro Pizarro dio ese papel a Hernando de Aldana- lo rescató y se lo dio al clérigo, que dijo a voces: «*Salid, salid cristianos y venid a estos enemigos perros, que no quieren las cosas de Dios, que me ha echado aquel Cacique en el suelo el libro de nuestra santa ley*». De inmediato, se disparó la artillería, mientras, a la señal de «¡Santiago!»⁵, la caballería, con los pechos de los animales abrazados por preteles con cascabeles, salió al gran patio bajo el ruido de las trompetas que Pedro de Alconchel y Juan de Segovia⁵ hicieron sonar. Pizarro, acompañado por sus infantes, también lo hizo y, agarrándole de los cabellos⁶, prendió a Atahualpa, del que Juan de Betanzos dijo haber llegado hasta Cajamarca «*tomado de la bebida*», lo que abona la tesis de la confianza del Inca en una fácil victoria. La desbandada del ejército inca fue total, hasta el punto de que en su huida los guerreros derribaron una pared del recinto por donde escaparon muchos. La confusión que rodeó la captura de Atahualpa propició que se dieran varias versiones de aquel momento. Según Cieza de León, quienes prendieron al emperador fueron los capitanes

Miguel de Estete y Alonso de Mesa.

Según Mena, en Cajamarca quedaron los cadáveres de seis o siete mil indios muertos e innumerables heridos por las estocadas de los barbudos que seguían el consejo de fray Vicente de no dar tajos para que no se quebrasen las espadas. Más prudente, Jerez dio la cifra de dos mil indios muertos, sin que la hueste española recibiera ninguna baja, más allá de algunas heridas, entre ellas la fractura de una pierna del propio cronista. La rotunda victoria, a la que siguió el eco de algunos disparos de artillería con los que se pretendía dispersar a los guerreros que quedaran por la zona, hizo que Rumiñahui se retrajera con su hueste hasta Quito. Como en tantas otras ocasiones, el elemento providencialista quedó incorporado a las crónicas. Francisco de Jerez, que dejó escrito que la batalla duró poco más de media hora, tiempo que Ruiz de Arce amplió hasta las dos horas, afirmó que los caballos, que un día antes no se podían apenas mover por estar resfriados, «*anduvieron con tanta furia, que parecían no haber tenido mal*». Al día siguiente de su victoria, los españoles, que vigilaron su posición durante la noche, recorrieron el campo y saquearon el campamento de Atahualpa, del cual trajeron un enorme botín de oro, plata, tiendas, ropas y la valiosa vajilla del Inca. Al real castellano también llegaron «*de su buena gana*», señala Zárate, más de cinco mil mujeres.

Antes de proseguir con la narración de los hechos,

conviene detenerse en la escena protagonizada por Atahualpa y el fraile dominico. El acto fundamental de aquel episodio fue el desdén mostrado por el emperador para con el libro, objeto desconocido para él, pues todo el saber de los incas, según contaron los cronistas, se consignaba en los hilos y nudos de los quipus. El desprecio de Atahualpa se pudo interpretar, he ahí las palabras de fray Vicente, como el rechazo explícito de la fe católica expuesta morosamente por el clérigo, ayudado por la lengua que le acompañaba. El acto del Inca, en definitiva, legitimaba la conquista. Con el paso del tiempo, cronistas que no fueron testigos del incidente dieron otras versiones⁷. Francisco López de Gómara creyó que el emperador esperaba escuchar al libro, razón por la cual, ante el silencio del papel impreso, tiró el volumen. Por su parte, descendientes de incas como Guaman Poma y el Inca Garcilaso de la Vega, ofrecieron importantes variantes acerca de aquellos hechos. Si el primero acusó a los españoles de no saber comunicarse con el emperador, el segundo, en su *Historia general del Perú*, apoyado en la documentación del jesuita Blas Valera, hijo del capitán Luis Valera y de la indígena doña Francisca Pérez⁸, presentó un dificultoso diálogo teológico-político entre Atahualpa y Valverde, que fue interrumpido violentamente por los impacientes y codiciosos soldados. Según esta versión, que salva el debate religioso y desplaza la culpa hacia el plano político, el libro se le habría

caído de las manos al propio Valverde, sobresaltado por el ímpetu de los españoles que acometían al emperador.

Eufórico por el resultado de su celada, Pizarro dijo a Atahualpa que no debía estar triste, que los cristianos, nacidos en tierras muy lejanas, se habían enseñoreado de todos los lugares por donde habían pasado y que sus caciques eran ahora vasallos del Emperador Carlos. No debía, pues, tener pesar por estar preso. Atahualpa, medio riendo, -con esta viveza lo contó Mena- respondió que lo que le entristecía no era su cautiverio, sino el hecho de que creyó poder prender a Pizarro y ahora era él el cautivo. Después, el Inca solicitó a Pizarro que le permitiera recibir visitas. Así fue, dos caciques acudieron y le contaron la gran mortandad sufrida. Informado de todo ello, ordenó que sus gentes no huyesen, pues él seguía con vida. Cautivo en manos de los cristianos, pidió que sus vasallos sirvieran a estos. Pizarro terció en la conversación y entregó una cruz a Atahualpa y le dijo que todos sus súbditos debían tener una igual. De lo contrario, sus hombres matarían a todos aquellos que encontrasen sin ella. Atahualpa respondió a Pizarro diciéndole que sabía que su gente tan solo buscaba oro para sí y para su señor. A cambio de su libertad, el emperador inca se comprometió a entregar piezas de oro suficientes para colmar, hasta un palmo por encima de la estatura de un hombre, la estancia en la que se hallaban, de la que Jerez dijo que medía veintidós pies de largo por diecisiete de

5 Esteban Mira Caballos, *Francisco Pizarro: Una visión de la conquista del Perú*, Ed. Crítica, Barcelona 2021, pág. 123.

6 Francisco de Jerez, acaso para dar más prestancia a la escena protagonizada por Pizarro, dijo que este asió a Atahualpa por un brazo. En su intento de proteger al emperador de la furia de los españoles, el Gobernador recibió una herida en una mano.

7 Véase Sabine G. Mac Cormack, «Atahualpa y el libro», *Revista de Indias*, vol. 48, núm. 184, Madrid 1988, págs. 693-714.

8 Véase Esteban Mira Caballos, *El descubrimiento de América. Indígenas y mestizos en el Nuevo Mundo*, Ed. Crítica, Barcelona 2023, pág. 136. El jesuita también trató de publicar en España una *Historia de los Incas* cuyo manuscrito se perdió durante el ataque corsario a Cádiz de 1596.

ancho, es decir, casi veintinueve metros cuadrados. Esta cantidad de oro se doblaría en plata. Pizarro accedió con la condición de que le asegurara que no haría traición alguna. A la pregunta de cuánto tiempo tardaría en reunir el rescate, Atahualpa prometió que este llegaría a Cajamarca en un plazo de cuarenta días para cumplir su promesa. De ese cumplimiento, que un escribano dejó por escrito, se ocuparía Cuxi Yupangue, hermano de su mujer, que fue enviado a Cuzco para reunir el tesoro.

Mientras transcurrían los días, se edificó una iglesia y se fortificó Cajamarca, al tiempo que los castellanos empezaban a recelar del plazo establecido, pues pudiera tratarse de un ardid de Atahualpa para reorganizar sus tropas y atacarles. Dado que el oro estaba concentrado en Cuzco, el Inca pidió a Pizarro que enviara a algunos de sus hombres para cerciorarse de que decía la verdad. Los designados para tan peligrosa misión fueron Hernando de Soto y Pedro del Barco, que cubrieron las doscientas leguas subidos en sendas hamacas. Durante su viaje se encontraron con Huáscar, que venía preso en manos de Calcuchimac y Quizquiz, ejecutor de la familia real cuzqueña, que informó a los españoles de la usurpación de la

que era víctima. Desesperado, quien se definió como verdadero señor de la tierra, pidió a los cristianos que le acompañaran a Cajamarca y ofreció superar la cantidad de oro prometida por Atahualpa. Sin embargo, tras escucharle decir que atesoraba las joyas de su padre, testimonio que avala la tesis de su legitimidad, Soto y Del Barco respondieron que debían proseguir su camino hacia Cuzco, comprometiéndose a hacer llegar a Pizarro sus palabras. De aquella conversación tomaron buena nota los captores de Huáscar, al que, según Pedro Pizarro, habían horadado «*las yslillas de los honbros y por ellas metidas unas sogas*», que informaron de ella a Atahualpa en Cajamarca.

En la relación redactada por Mena, se cuenta cómo el medio hermano de Atahualpa dijo durante su cautiverio: «*Si yo vieses a los cristianos, yo sería señor, porque tengo gran deseo de verlos, y yo sé que vienen en busca mía, y que Atabalipa les prometió un bohío de oro que yo tenía para darles, mas yo les daría cuatro bohíos y ellos no me matarían, como éste pienso que me ha de matar*». Cuando Atahualpa supo de aquellas palabras, receloso ante la posible alianza de Huáscar con los barbudos, lo mandó matar, encubriendo su crimen, del que culpó a su general Quizquiz, tras

una teatralizada tristeza de la que Pizarro le consoló. El Inca añadió que había hecho prender a su hermano mayor para pacificar la provincia de Quito. Sea como fuere, Mena aseguró haber visto a Atahualpa beber del cráneo de Huáscar: «*porque yo lo vi, y todos los que se hallaron con el señor Hernando Pizarro, y él vio la cabeza con su cuero y las carnes secas y sus cabellos, y tiene los dientes cerrados, y allí tiene un cañuto de plata, y encima de la cabeza tiene un copón de oro pegado, por donde bebía Atabalipa cuando se le acordaba de las guerras que su hermano le había hecho, y echaban la chicha en aquel copón, y salíale por la boca y por el cañuto por donde bebía*». En la crónica de Zárate el asesinato de Huáscar quedó también envuelto por una aureola profética. Según quedó escrito, los indios, tras ver matar a Atahualpa, creyeron que Huáscar era el verdadero hijo del Sol por haber predicho la muerte de su hermanastro. También recordaron que Huáscar había escuchado de labios de su padre que habría de llegar unos hombres blancos y barbados⁹, imagen que recuerda a la leyenda de Quetzalcóatl, de los que debía hacerse amigo, pues serían los nuevos señores de aquella tierra.

Por último, Francisco López de Gómara criticó duramente la actitud de Soto y de Del Barco,

a los que culpó de aquella muerte, que tuvo lugar en Andamarca en los primeros días de enero, antes de la huida de Rumiñahui a Quito, pues aquellos hombres «*quisieron más el oro del Cuzco que la vida de Guascar*». Si Soto y Del Barco, insiste el cronista, hubieran acompañado a Huáscar hasta Cajamarca, este no hubiera perdido la vida y los indios no habrían escondido la plata, el oro, piedras y joyas del Cuzco. Gómara remató el capítulo dedicado a esta muerte con estas palabras de Huáscar: «*Yo he reinado poco, y menos reinará el traidor de mi hermano, ca le matarán como me mata*».¹⁰

La desaparición de Huáscar, unida a la posterior ejecución de Atahualpa, dejó en manos españolas el poder sobre el Tahuantinsuyu. A pesar de las guerras civiles, a las que no fue ajeno el factor indígena -recordemos la rebelión de Manco Inca-, la *pax hispanica*, es decir, el orden imperial, terminó por imponerse sobre los herederos de aquellos primeros conquistadores que en las crónicas fueron comparados con los héroes del mundo clásico y ofrecieron materia para la confección del canon del español genocida que sigue formando parte de la leyenda negra.

BIBLIOGRAFÍA

Francisco de Jerez, *Verdadera relación de la conquista del Perú*. Edición y estudio introductorio de María Concepción Bravo Guerreira, Ed. Historia 16, Madrid 1985.

Pedro Pizarro, *Relación del descubrimiento y conquista del Perú*, Universidad Pontificia Católica del Perú, Lima 1986.

Sabine G. Mac Cormack, «Atahualpa y el libro», *Revista de Indias*, vol. 48, núm. 184, Madrid 1988.

Francisco López de Gómara, *Historia General de las Indias*. Prólogo y cronología Jorge Gurria Lacroix. Disponible en línea en <https://www.cervantesvirtual.com/obra-visor/historia-general-de-las-indias--0/html/>.

Esteban Mira Caballos, *Francisco Pizarro: Una visión de la conquista del Perú*, Ed. Crítica, Barcelona 2021, pág. 123.

Esteban Mira Caballos, *El descubrimiento de América. Indígenas y mestizos en el Nuevo Mundo*, Ed. Crítica, Barcelona 2023.

9 La figura de hombres barbados fue común a las culturas prehispánicas. Es el caso del dios viejo del fuego, Xiuhtecuhtli, perteneciente a la mitología mexicana.

10 Francisco López de Gómara, *Historia General de las Indias*, pág. 80.



Actividad subvencionada por el Ministerio de Cultura